

INTRODUCCIÓN

Mi propuesta filosófica de un Jardín-huerto ecofeminista

Nada es suficiente para quien lo suficiente es poco.

EPICURO DE SAMOS

En la Antigüedad, la escuela de filosofía de Epicuro —que se llamaba el Jardín—, permitió el ingreso de mujeres de todas las condiciones a ese coto exclusivamente masculino que era el *logos* griego. Contra las convenciones y jerarquías sociales, también admitió esclavos de ambos sexos. Frente al desprecio platónico del cuerpo y del mundo terrenal, desprecio que marcó tan fuertemente al pensamiento occidental, la filosofía epicúrea destacó por su invitación a admirar la belleza y perfección de la Naturaleza.

El Jardín era un sencillo huerto en el que se cultivaban hortalizas y se filosofaba sobre la manera más sabia de alcanzar la felicidad a través de los pequeños placeres de la amistad, del intelecto y de los sentidos. Como los huertos urbanos de hoy, el Jardín era un lugar de encuentro, de conversación, de pensamiento en libertad, de disfrute de la vista y del sabor de los frutos de la tierra. El ideal



epicúreo de felicidad ofrece un modelo digno de nuestra atención en el torbellino agotador de la actual sociedad de consumo. En su obra *De rerum natura* (*Sobre la naturaleza de las cosas*), escrita en el siglo I a. C., Lucrecio, destacado pensador romano epicúreo, afirma que aunque en tu casa no tengas lujosos tapices, ni estatuas que sostengan antorchas para iluminar festines nocturnos, ni suene la cítara en aposentos dorados, siempre podrás disfrutar del placer sencillo y auténtico de recostarte en la hierba, junto a un arroyo, bajo la copa de un gran árbol, sobre todo cuando la primavera te rodea de flores.

Disfrutar de la calma y de la belleza natural es un excelente consejo. El mejor que puede darse en una época como la nuestra en la que se define interesadamente la felicidad como acumulación de productos innecesarios. Ya Aristóteles había apuntado que para ser feliz había que tener las necesidades básicas satisfechas. El hambre, el frío o la falta de un lugar donde cobijarse impiden la felicidad. A sus ojos, la moderación era fundamental. En la misma línea, el epicureísmo alertaba sobre el peligro de perder la libertad a causa de un deseo inmoderado de riqueza que lleva a someterse a la voluntad de los poderosos.

Los epicúreos escribieron en un período histórico de decepción y cansancio de la vida pública, por lo que, en aras de la tranquilidad del espíritu, crearon comunidades unidas por los lazos del diálogo filosófico, la serenidad y la amistad. Sin embargo, no fueron indiferentes al resto de la sociedad, sino que, por el contrario, buscaron liberar a otros de la alienación, explicando su pensamiento a quien quisiera escucharles y fundando nuevas comunidades en distintas ciudades¹.

El Jardín-huerto ecofeminista que cultivo no predica el retiro del mundo, sino un compromiso histórico contra las formas patriarcales de insaciable voluntad de dominación que conducen a la crisis ecológica. Verde y rebelde, libre y lleno de vida, sus caminos soleados y sus senderos umbríos invitan a imaginar y proyectar un mundo futuro de igualdad entre los sexos y paz con la Naturaleza, un mundo sin explotación humana o animal y en el que la diversidad no sea motivo de opresión. Este Jardín quiere estar libre de *androcentrismo*, ese punto de vista patriarcal que hace del varón y de su experiencia la medida de todas las cosas; también de *antropocentrismo*, esa creencia de que solo lo humano tiene valor, esa ideología tan arraigada que desprecia a los animales y al resto de la Naturaleza.

En los jardines, las fuentes suelen ser lugar de encuentro y de invitación al reposo y a la reflexión. En sentido figurado, el término «fuentes» alude a los textos que sirven de inspiración para pensar. Este pequeño libro que tienes entre tus manos quiere ser una fuente cristalina de pensamiento y acción, acercando, en un lenguaje claro y directo y con imágenes evocadoras e inspiradas, una propuesta ecofeminista para nuestro tiempo. Las fuentes de este Jardín ecofeminista no se limitan a una finalidad estética, de ellas brota voluntad ética y política. En torno al agua, bien cada vez más escaso, germinan las plantas que dan generosamente coloridos y sabrosos frutos y se reúnen aquí los animales humanos y no humanos con la alegría de compartir y de vivir en paz.

 *El Jardín ecofeminista es un refugio frente a los nuevos peligros que nos amenazan, pero está abierto al mundo para ofrecer alternativas* 

Uno de los mayores placeres de todo jardín es ver y escuchar a los pájaros. «Volverán las oscuras golondrinas/ en tu balcón sus nidos a colgar/ y otra vez con el ala a sus cristales/ jugando llamarán», decía Gustavo Adolfo Bécquer en su famosa Rima LII. Hoy ya no podemos tener esta confianza en la repetición de los ciclos de la naturaleza. En los últimos años, en el país del poeta, han desaparecido diez millones de golondrinas debido a la utilización intensiva de insecticidas y al deterioro del medioambiente². Otras aves han sufrido un descenso de un tercio y hasta de la mitad en su número. La situación no es mejor en el resto del mundo. Numerosos estudios científicos han demostrado ya la alta nocividad de los productos que se comercializan como inocuos para pájaros y otros animales. Y puesto que nuestros cuerpos son también vulnerables, como lo anunciara la bióloga Rachel Carson, la Casandra de la crisis ecológica, cada vez son más las afecciones producidas en humanos por el uso indiscriminado de agrotóxicos (insecticidas, herbicidas, fungicidas...) en lo que se puede considerar una guerra suicida contra la Naturaleza.

Nuestra era ha sido denominada como *Antropoceno*³ por el premio Nobel de Química Paul Crutzen: es la época geológica que se inicia con la industrialización, es decir, un período en que la humanidad ha llegado a poseer por primera vez la capacidad técnica de modificar radicalmente todo el planeta. Hace décadas que el ecologismo viene denunciando la contaminación ambiental, la pérdida de la biodiversidad y la insostenibilidad del modelo de desarrollo. Pero a estas preocupaciones se suma ahora la evidencia del cambio climático. Como alternativa a *Antropoceno*, se ha propuesto el nombre de *Capitaloceno*, que

apunta a las causas económicas actuales de la crisis ecológica y al hecho indudable de que no todos los humanos (*anthropos*) son igualmente culpables del desarrollo y la pervivencia de un sistema económico fosilista (basado en la quema de combustibles fósiles). Sin embargo, el nombre de *Antropoceno* es, con diferencia, el más utilizado.



¿Has observado que los fenómenos meteorológicos extremos son cada vez más comunes? ¿Te has puesto a pensar en las causas de las frecuentes olas de calor que nos agobian, de los incendios forestales devastadores, de los inviernos más cortos y menos fríos, de las sequías prolongadas o de las inundaciones y huracanes en regiones que antes no los sufrían? Son signos de la gran alteración climática de la Tierra. La globalización neoliberal ha contribuido a la aceleración del proceso. En los próximos años, la situación será aún más grave si no tomamos conciencia y actuamos de acuerdo a ella. Estamos ante una emergencia ecológica planetaria que requiere nuestro compromiso.

Hay quienes continúan en posiciones negacionistas, empecinándose en cerrar los ojos a las evidencias, ayudados en su ceguera voluntaria por gran parte de los medios de comunicación, que tranquilizan a la ciudadanía con oportunas referencias a «un récord de temperatura que se había dado hace cincuenta años» o simpáticas imágenes de gente en bañador, muy alegre de poder estar en la playa en pleno invierno.

El negacionismo no es la única actitud equivocada. Hay otra, cada vez más extendida: el reconocimiento displicente y conformista, la aceptación pasiva del futuro que augura el cambio climático y la precipitada conclusión de que, por lo tanto, hay que disfrutar todo lo que se pueda

del presente. Ese verano cada vez más largo les parece estupendo. Han renunciado a pensar y a rebelarse.

La filosofía como pensamiento crítico nos permite ir más allá de la realidad histórica que vivimos y cuestionarla para pensar un futuro mejor. Hoy más que nunca la filosofía ecofeminista es necesaria si queremos un mundo que no sea de desolación, sufrimiento y muerte. Nuestro presente es complejo y diverso: mucha gente de buena voluntad lucha por causas justas y mucha otra solo persigue intereses egoístas con acciones dañinas para los demás seres vivos humanos y no humanos. Las mujeres hemos sido excluidas y sometidas durante siglos y, en gran parte por ello mismo, podemos aportar algo valioso en este momento de crisis civilizatoria.

 *La filosofía ecofeminista es pensamiento crítico que nos permite cuestionar el presente y encaminarnos a un futuro digno de ser vivido* 

El ecofeminismo que propongo no consiste en una visión idílica del mundo natural que ignore las ventajas tecnológicas y pretenda un retorno a la vida primitiva. La Modernidad ha traído muchas mejoras a nuestras vidas, tanto desde el punto de vista de las comodidades como de la salud, la libertad o la igualdad. Pero la codicia, una de las formas de la *hybris* (desmesura) patriarcal, fomentada por los mecanismos económicos neoliberales, nos está llevando a un previsible colapso, anunciado para la segunda mitad de nuestro siglo y perceptible ya en las mal llamadas «catástrofes naturales» y en el incremento de la precariedad, la pobreza y el hambre en el mundo. En diciembre de 2017, más de quince mil personalidades de la ciencia

dieron a conocer su *Segunda advertencia de los científicos del mundo a la humanidad*⁴. La primera había sido presentada en 1992 por mil setecientos científicos, entre los cuales había noventa y nueve premios Nobel. Veinticinco años después, el número de científicos firmantes ha aumentado notablemente, pero también se han multiplicado los datos negativos sobre el aumento de las temperaturas y de las emisiones de carbono a la atmósfera, la extinción masiva de especies, el incremento de la población humana, la deforestación y la reducción del agua dulce... Queda poco tiempo para detener la catástrofe, nos avisan. Es imperativo cambiar el rumbo.

🌿 *El ecofeminismo que propongo no pretende un retorno a una sociedad pretecnológica* 🌿

Las consecuencias del calentamiento global son aterradoras. Al final del recorrido, se avista una Tierra devastada, un mapa en el que solo serán habitables ciertas regiones del norte y del sur del planeta. El resto: un enorme desierto. En el camino, habrán quedado millones de víctimas humanas y no humanas. No nos resignamos a este final de la historia. Somos *rebeldes*.

Somos rebeldes con causa, una causa más que justificada, ya que nos están robando el futuro. Unos pocos están arrebatando el mundo a la inmensa mayoría de los seres vivos humanos y no humanos. Destruyen nuestra morada y la de las generaciones venideras. El ecofeminismo es una redefinición de la realidad, como lo son el feminismo, el animalismo y el ecologismo que se entrelazan en su teoría y práctica. Por ello, denuncia la falsa e interesada definición de la felicidad como acumulación infinita de bienes





materiales que condena a millones de individuos a una existencia alienada que oscila entre la ansiedad y la apatía.

🌿 *El ecofeminismo es una redefinición de la realidad, como lo son el feminismo, el animalismo y el ecologismo, que se entrelazan en su teoría y práctica* 🌿

Somos rebeldes, pero también realistas. Sabemos que el proceso de destrucción de nuestra base natural está en marcha y que es necesario ser *resilientes*. Se llama *resiliencia* (del latín *resilio*: rebotar, volver atrás) a la capacidad de un individuo, un grupo o un ecosistema para enfrentarse a situaciones adversas y resistir a ellas. «Resiliencia» es una palabra que ha sido tomada por la psicología del estudio de la resistencia de los materiales, disciplina en la que se alude a la capacidad de un sólido para deformarse sin romperse y para volver a su forma inicial tras ser sometido a diferentes cargas y otras formas de fuerza. En las personas, corresponde, en parte, a lo que antiguamente se denominaba «entereza». Implica una fortaleza para resistir en circunstancias negativas, pero subraya el componente de la adaptación. Ahora que se hace difícil negar el cambio que se avecina, el uso de la palabra *resiliencia* se ha generalizado y hasta banalizado. Comienza a difundirse el mensaje de que hay que prepararse para soportar mejor los desastres ambientales que se avecinan. Se empiezan a diseñar estrategias de resiliencia para la planificación urbana y la gestión de los recursos.

Hay incluso —me indigna constatarlo— quienes ven en los daños derivados del cambio climático una oportunidad de oro para que los países ricos vendan, a países con bajo nivel de desarrollo, la tecnología necesaria para

adaptarse a la subida del nivel del mar, a los huracanes y tornados o a la escasez de agua potable. Mientras tanto, en previsión de los trastornos climáticos y al amparo de los procesos de privatización, empresas transnacionales compran tierras y aguas subterráneas en los países empobrecidos. Desde luego, esta «adaptación» no es compatible ni con la ética ni con la sostenibilidad. No es la resiliencia que propongo.

 *El ecofeminismo es una propuesta de resiliencia solidaria* 

En los capítulos que siguen, trataré los principales ejes de mi propuesta ecofeminista. En el primero, hago un repaso de los orígenes del ecofeminismo a partir del feminismo y de su relación polémica con la Modernidad. Abordo la sostenibilidad como ecojusticia y sororidad internacional con las mujeres pobres, indígenas y campesinas de los países empobrecidos y propongo el aprendizaje intercultural como forma de mejora de todas las culturas. En el segundo, trato la cuestión de la autonomía y la libertad con respecto a nuestro cuerpo: el rechazo de la maternidad forzada, la autonomía en materia sexual y las nuevas formas de explotación disfrazadas de libre consentimiento. En el tercer capítulo, examino los valores del cuidado en la vida cotidiana, la ciencia, la tecnología, la salud y la educación ambiental, mostrando la necesidad de su reconocimiento y de su aprendizaje por parte de todo ser humano, pero subrayando que el ecofeminismo no puede reducirse a este aspecto, como sucede a menudo. En el cuarto capítulo, me detengo en las relaciones de afecto que nos unen a los animales, compañeros de viaje

en la Tierra. Sostengo la importancia de la defensa de los animales como profunda transformación de antiguos y enraizados estereotipos viriles. Interpreto el amor y el cuidado de numerosas mujeres hacia los animales como rebelión antipatriarcal y examino también los vínculos existentes entre la violencia de género y la violencia contra los animales. En el epílogo, exploro los horizontes posibles de futuro planteados por el transhumanismo y las coincidencias y divergencias con mi propuesta ecofeminista; abogo por el establecimiento de Pactos de Ayuda Mutua entre movimientos sociales y subrayo la necesidad de que estos practiquen la reciprocidad hacia el feminismo si quieren tener el apoyo de las mujeres.

Os invito a recorrer los senderos de este Jardín-huerto ecofeminista. Bajo la corteza de sus árboles, sentiremos correr la savia de una nueva primavera. Veremos resplandecientes rayos de sol en un recodo del camino. Disfrutaremos descubriendo la alegría de los animales que lo habitan. Escucharemos el canto de los pájaros, el rumor de la lluvia en el silencio y el susurro del agua de una fuente. Os espero para iniciar el rumbo de la reconciliación con la Naturaleza, la interna —nuestros cuerpos— y la externa —ese mundo vivo que lucha por sobrevivir—. Iniciemos la marcha con el placer de la amistad, la alegría de la esperanza y la determinación de la lucidez.